

GERVAISE DE LATOUCHE, BOYER D'ARGENS,  
JOHN CLELAND, CONDE DE MIRABEAU,  
ALFRED DE MUSSET, THÉOPHILE GAUTIER,  
LEOPOLD SACHER-MASOCH, PIERRE LOUÏS

## LOS DOMINIOS DE VENUS

Antología de novelas eróticas  
(siglos XVIII-XIX)

Edición, notas y prólogo a cargo de  
Mauro Armiño

Traducciones de  
Mauro Armiño, José Santaemilia y José Pruñonosa,  
y Andrés Sánchez Pascual

 Siruela

Libros del Tiempo

## ÍNDICE

Prólogo, por MAURO ARMIÑO	9
Bibliografía	43
Nota sobre la edición	47

### LOS DOMINIOS DE VENUS

Antología de la novela erótica  
(siglos XVIII y XIX)

GERVAISE DE LATOUCHE, <i>El portero de los cartujos</i>	51
BOYER D'ARGENS, <i>Teresa filósofa</i>	185
JOHN CLELAND, <i>Fanny Hill</i>	277
CONDE DE MIRABEAU, <i>El libertino de calidad</i>	461
ALFRED DE MUSSET, <i>Gamiani, dos noches de pasión</i>	549
THÉOPHILE GAUTIER, <i>Carta a la Presidenta</i>	593
LEOPOLD SACHER-MASCOH, <i>La Venus de las pieles</i>	615
PIERRE LOUÏS, <i>La mujer y el pelee</i>	725

## NOTA SOBRE LA EDICIÓN

En esta antología se recogen novelas que ejemplifican las diversas direcciones que adoptó el género erótico desde su expresión filosófica y libertina hasta los nuevos comportamientos sexuales y psíquicos de la sexualidad bautizados con los nombres de dos novelistas, el marqués de Sade y Leopold Sacher-Masoch; las novelas seleccionadas llegan hasta finales del siglo XIX, a las puertas del siglo XX. Las ediciones seguidas para las traducciones figuran en el apartado «Textos» de la bibliografía, y a ellas remiten las notas a pie de página tanto del prólogo como del contenido.

# **LOS DOMINIOS DE VENUS**

Antología de novelas eróticas  
(siglos XVIII-XIX)

GERVAISE DE LATOUCHE

HISTORIA DE DOM B\*\*\*<sup>1</sup>,  
PORTERO DE LOS CARTUJOS

Escrita por él mismo

Traducción del francés de  
Mauro Armiño

<sup>1</sup> *Dom* es título dado a ciertos religiosos, sobre todo en ciertas órdenes como benedictinos, cartujos, etc. La inicial ampara el término *Bougre*, que, en su sentido más positivo, significa granuja, bribón.

## PRIMERA PARTE

¡Qué dulce gozo para un corazón desengañarse de los vanos placeres, de las frívolas diversiones y de las peligrosas voluptuosidades que lo unían al mundo! Una vez que vuelve a sí mismo tras una larga serie de extravíos, y en medio de la calma que le procura la feliz privación de lo que en el pasado era objeto de sus deseos, aún siente esos estremecimientos de horror que deja en la imaginación el recuerdo de los peligros a los que ha escapado; pero sólo los siente para felicitar-se por la seguridad en que se encuentra: esos movimientos llegan a ser para él sentimientos queridos, porque sirven para hacerle saborear mejor los encantos de la tranquilidad de que goza.

Tal es, lector, la situación del mío. ¡Cuánto no debo agradecer al Todopoderoso, cuya misericordia me ha retirado del abismo del libertinaje en que estaba sumergido, y hoy me da fuerzas para escribir mis extravíos para edificación de mis hermanos!

Soy el fruto de la incontinencia de los reverendos padres celestinos de la ciudad de R\*\*\*. Digo los reverendos padres porque todos alardeaban de haber participado en la composición de mi individuo. Pero, ¿qué asunto me detiene de pronto? Mi corazón está agitado: ¿es por temor a que se me reproche que revelo aquí los misterios de la Iglesia? ¡Ah!, superemos ese débil remordimiento: ¿no sabemos que *Todo hombre es hombre, y los monjes sobre todo*? Por lo tanto, tienen la facultad de trabajar en la propagación de la especie. ¡Eh!, ¿por qué iba a prohibírseles si lo hacen tan bien?

Quizá, lector, esperéis impaciente que os haga un relato detallado de mi nacimiento. Lamento no poder satisfaceros tan pronto en ese punto, y por ahora vais a verme en casa de un afable campesino al que durante mucho tiempo tomé por mi padre.

Ambroise era el nombre de aquel buen hombre, jardinero de una casa de campo que los celestinos tenían en un pequeño pueblo a varias leguas de la ciudad; su mujer Toinette fue elegida para servirme de nodriza: un hijo que había traído al mundo, y que murió en el momento en que yo vi la luz, ayudó a velar el misterio de mi nacimiento; enterraron en secreto al hijo del jardinero, y pusieron en su lugar al de los monjes: el dinero lo consigue todo.

Crecía poco a poco, siempre en total ignorancia y creyéndome hijo del jardinero; me atrevo a decir, sin embargo, (perdóneseme este pequeño rasgo de vanidad) que mis inclinaciones revelaban mis orígenes. No sé qué influencia divina actúa sobre las obras de los monjes: parece que la virtud del hábito se comunica a todo lo que tocan, y Toinette lo demostraba. Era la hembra más fogosa que nunca haya visto, y he visto unas cuantas: era gorda pero apetitosa, ojillos negros, nariz respingona, vivaracha, apasionada, más de lo que suele serlo una aldeana. Hubiera sido un entretenimiento excelente para un hombre de bien, júzguese para monjes.

Quando la granuja aparecía con su corsé de los domingos, que le ceñía unos pechos que el sol siempre había respetado, y dejaba ver dos tetas que rebosaban, ¡ah!, en ese momento ¡cómo sentía yo que no era hijo suyo! ¡O de que buena gana habría pasado por alto esa condición!

Todas mis disposiciones eran monacales. Guiado sólo por el instinto, no veía una muchacha a la que no abrazase, y en la que no llevase mi mano a todos los sitios donde ella tuviera a bien dejarla ir; y, aunque no supiese positivamente lo que habría hecho, mi corazón me decía que habría hecho más si no me hubieran detenido.

Un día que me creían en la escuela, me había quedado en el cuchitril donde dormía. Un simple tabique lo separaba de la habitación de Ambroise, cuya cama se apoyaba precisamente contra aquella pared. Estaba dormido, hacía mucho calor, era en pleno estío, y de pronto fui despertado por las violentas sacudidas que oí dar en el tabique. No sabía qué pensar de aquel ruido, cada vez más fuerte; prestando atención, oí unos sonidos anhelantes y trémulas palabras sin ilación y mal articuladas. «¡Ay!..., más despacio, querida Toinette, no vayas tan deprisa. ¡Ay, bribona..., me haces morir de placer! ¡más deprisa! ¡Eh, deprisa! ¡Ay!..., me muero».

Sorprendido de oír semejantes exclamaciones cuya energía no captaba en su totalidad, me incorporé: apenas me atrevía a moverme. Si se hubiera sabido que estaba allí, podía temer cualquier cosa, no sabía qué pensar, estaba muy preocupado. La inquietud que me embargaba no tardó en dejar paso a la curiosidad. Volví a oír el mismo ruido, y creí distinguir que un hombre y Toinette repetían alternativamente

las mismas palabras que ya había oído; idéntica atención de mi parte: el deseo de saber lo que ocurría en aquella habitación se volvió al final tan viva que acalló todos mis temores. Decidí saber lo que pasaba; estoy seguro de que de buena gana habría entrado en la habitación de Ambroise para ver lo que ocurría, arriesgándome a todo lo que hubiera podido sobrevenir. No hubo necesidad: tanteando despacio con la mano por ver si encontraba algún agujero en el tabique, sentí que había uno cubierto por una gran imagen religiosa. Lo perforé, y vi luz. ¡Qué espectáculo! Toinette, desnuda como la mano, tendida sobre la cama, y el padre Polycarpe, superior del convento, que vivía en la casa desde hacía un tiempo, desnudo como Toinette, haciendo... ¿qué? Lo que hacían nuestros primeros padres cuando Dios les ordenó poblar la tierra; pero con circunstancias menos lúbricas.

Aquella vista produjo en mí una sorpresa mezcla de alegría y de un sentimiento vivo y delicioso que me habría sido imposible expresar. Sentía que habría dado toda mi sangre por estar en el lugar del monje: ¡cómo lo envidiaba! ¡Qué grande me parecía su felicidad! Un fuego desconocido se deslizaba por mis venas, tenía el rostro encendido, mi corazón palpitaba, contenía aliento, y la pica de Venus, que empuñé con la mano, era de una fuerza y de una rigidez capaz de derribar el tabique si hubiera empujado un poco fuerte. El padre terminó su carrera y, al retirarse de Toinette, la dejó expuesta a todo el ardor de mis miradas. Ella tenía los ojos moribundos y el rostro cubierto del rojo más vivo, jadeaba, los brazos le colgaban inertes, su pecho subía y bajaba con una precipitación sorprendente: de vez en cuando apretaba el trasero poniéndose rígida y lanzando grandes suspiros. Mis ojos recorrían con una rapidez inconcebible todas las partes de su cuerpo; no había una sola sobre la que mi imaginación no estampase mil besos de fuego. Chupaba sus tetas, su vientre; pero el lugar más delicioso, y del que mis ojos ya no pudieron arrancarse una vez que los hube fijado allí, era... ¡Ya me entendéis! ¡Cuántos encantos tenía para mí aquella concha! ¡Ay, qué adorable colorido! Aunque cubierta por una especie de espuma blanca, a mis ojos no perdía nada de la vivacidad de su color. Por el placer que sentía, reconocí el centro de la voluptuosidad. Estaba sombreado por un pelo espeso, negro y rizado. Toinette tenía las piernas separadas. Parecía que su lascivia estuviese de acuerdo con mi curiosidad para no dejarme nada que desear.

El monje, tras recuperar el vigor, fue de nuevo a presentarse al combate; se colocó encima de Toinette con renovado ardor; pero sus fuerzas traicionaron su valentía, y fatigado de picar inútilmente a su montura, lo vi retirar el instrumento de la concha de Toinette, flojo y con la cabeza gacha. Despechada por esa retirada, Toinette lo cogió y se puso



a menearlo; el monje se agitaba con furia y parecía no poder soportar el placer que sentía. Yo analizaba todos sus movimientos sin otra guía que la naturaleza, sin otra instrucción que el ejemplo, y, curioso por saber qué podía provocar aquellos movimientos convulsos del padre, buscaba su causa en mí mismo. Estaba sorprendido de sentir un placer desconocido que aumentaba insensiblemente, y por fin se volvió tan grande que caí desfallecido en mi cama. La naturaleza hacía unos esfuerzos increíbles, y todas las partes de mi cuerpo parecían contribuir a los placeres del instrumento que yo acariciaba. Finalmente cayó ese licor blanco, del que había visto una profusión tan abundante en los muslos de Toinette. Volví de mi éxtasis y retorné al agujero del tabique, pero ya era tarde: la última mano se había jugado, la partida estaba acabada. Toinette se vestía, el padre ya lo estaba.

Permanecí durante un tiempo con el espíritu y el corazón dominados por el lance del que acababa de ser testigo, y en esa especie de aturdimiento que experimenta un hombre que acaba de ser herido por el resplandor de una luz extraña. Iba de sorpresa en sorpresa: los conocimientos que la naturaleza había puesto en mi corazón acababan de desarrollarse, las nubes con que los había cubierto se habían disipado. Reconocí la causa de los distintos sentimientos que sentía cada día a la vista de las mujeres. Esa imperceptible evolución de la tranquilidad a los impulsos más vivos, de la indiferencia a los deseos, había dejado de ser un enigma para mí. «¡Ah! –exclamé–, ¡qué felices eran! La alegría enloquecía a los dos. ¡Qué grande ha de ser el placer que disfrutaban! ¡Ah... qué felices eran!» La idea de esa felicidad me absorbía: por un momento me privaba de la posibilidad de pensar en ella. Un silencio profundo sucedía a mis exclamaciones. «¡Ah! –continuaba enseguida–, ¿nunca seré mayor para hacer lo mismo con una mujer? Moriría encima de ella de placer, ya que acabo de tener tanto. Sin duda, no ha sido más que una débil imagen del que disfrutaba el padre Polycarpe con mi madre. Pero –proseguí–, qué simple soy: ¿es absolutamente necesario ser mayor para tener ese placer? Pardiez, me parece que el placer no se mide por la altura; con tal de estar uno encima de otro, eso debe ir sobre ruedas».

Inmediatamente se me ocurrió hacer partícipe de mis nuevos descubrimientos a mi hermana Suzon. Tenía unos años más que yo: era una rubita muy guapa, con una de esas fisonomías francas que pueden dar la impresión de ser ingenuas porque parecen indolentes. Tenía esos bellos ojos azules, llenos de dulce languidez, que parecen miraros sin intención, pero cuyo efecto no es menos seguro que el de los ojos llenos de brillo de una morena excitante que os lanza apasionadas miradas: ¿por qué? No lo sé, pues siempre me he contentado groseramente con

el sentimiento, sin sentir la tentación de descifrar su causa. ¿No será porque una hermosa rubia con sus miradas lánguidas parece rogaros que le deis vuestro corazón, mientras que los de una morena quieren arrebatároslo por la fuerza? La rubia sólo pide un poco de compasión por su debilidad, y esa forma de pedir es muy seductora; creéis darle compasión únicamente, y le dais amor. La morena, en cambio, quiere que seáis débil, sin prometeros que ella lo será. El corazón se indigna contra ésta, ¿no es cierto?

Lo confieso para vergüenza mía, aún no se me había ocurrido lanzar sobre Suzon una mirada de concupiscencia, cosa rara en mí, que codiciaba a todas las chicas que veía. Ciertamente que, por ser ahijada de la señora del pueblo, que la quería y la hacía educar en su casa, no la veía a menudo. Hacía un año, además, que estaba en el convento. Sólo hacía ocho días que había salido porque su madrina, que debía venir a pasar un tiempo en el campo, le había dado permiso para visitar a Ambroise. De pronto me sentí encendido por el deseo de adoctrinar a mi querida hermana, y de disfrutar con ella de los mismos placeres que acababa de ver tomarse al padre Polycarpe con Toinette. Ya no fui el mismo para ella. Mis ojos sonrieron a los mil encantos que aún no le había visto. Su naciente pecho me pareció más blanco que la azucena, firme, bien torneado. Ya estaba chupando con indescriptible delicia las dos fresitas que veía en la punta de sus tetas; pero, sobre todo, en la pintura de sus encantos no olvidaba ese centro, ese abismo de placeres, del que me hacía unas imágenes tan seductoras. Animado por la fogosidad viva y abrasadora que estas ideas difundían por todo mi cuerpo, salí, fui en busca de Suzon; el sol acababa de ponerse, el anochecer avanzaba; confiaba en que, a favor de la oscuridad que la noche iba a derramar, en un momento lograría colmar mis deseos si la encontraba; la vi de lejos, estaba cogiendo flores. Ni por un momento podía pensar ella que yo estaba maquinando la forma de coger la flor más preciosa de su ramillete; volé hacia ella; al verla completamente entregada a una tarea tan inocente, dudé por un instante en darle a conocer mi propósito; a medida que me acercaba, sentía moderarse la vehemencia de mi carrera. Un temblor repentino parecía reprocharme mi intención. Creía que debía respetar su inocencia, y sólo me retenía la incertidumbre del éxito. La abordé, pero con una palpitación que no me permitía decir dos palabras sin recobrar el aliento. «¿Qué estabas haciendo, Suzon? –le dije acercándome a ella y queriendo abrazarla. Ella se zafó riendo; y me respondió: «¡Cómo! ¿No ves que estoy cogiendo flores?

–¡Ah! ¡Ah! –continuó–, ¿estás cogiendo flores?

–Pues sí –me contestó–; ¿no sabes que mañana es el cumpleaños de mi madrina?».

Este nombre me hizo temblar como si hubiera temido que Suzon se me escapase. Mi corazón ya se había acostumbrado (si me atrevo a utilizar ese término) a mirarla como una conquista segura, y la idea de que pudiera alejarse parecía amenazarme con la pérdida de un placer que ya daba por seguro, aunque todavía no lo hubiera probado. «Entonces ¿no volveré a verte, Suzon? –le dije con aire triste.

–¿Por qué? –me respondió–, ¿acaso no volveré siempre aquí? Venga –prosiguió con un aire encantador–, ayúdame a hacer mi ramillete».

Mi única respuesta fue lanzarle algunas flores al rostro y, acto seguido, ella me las lanzó también: «Mira, Suzon –le dije–, como me echas más, te... ¡me las pagarás!». Y para demostrarme que desafiaba mis amenazas, me lanzó un puñado. En ese momento mi timidez me abandonó: no tenía ningún miedo a que me viesan: la oscuridad, que impedía que se pudiera ver a cierta distancia, favorecía mi audacia. Me lancé sobre Suzon: ella me rechaza, yo la abrazo, ella me da una bofetada, yo la tiro al suelo, quiere levantarse, se lo impido, la sujeto con fuerza entre mis brazos mientras le beso el pecho, se debate, yo intento meterle mi mano por debajo de la falda, ella grita como un diablillo; se defiende tan bien que temo no poder alcanzar mi propósito, y que acuda gente. Me levanté riendo, y pensé que ella no entendía la malicia de lo que yo quería darle a entender. ¡Cómo me equivocaba! «Vamos, Suzon –le dije–, para demostrarte que no pretendía hacerte daño, quiero ayudarte.

–Sí, sí –me respondió con una agitación igual a la mía por lo menos–, mira, ahí viene mi madre, y yo...

–¡Ah!, Suzon –continué enseguida, impidiéndole que siguiera hablando–, mi querida Suzon, no le digas nada, te daré... bueno, todo lo que quieras». Un nuevo beso fue la prenda de mi palabra. Ella se echó a reír. Llegó Toinette, yo temía que Suzon hablase: no dijo una palabra, y los tres juntos volvimos para cenar.

Desde que el padre Polycarpe estaba en la casa, había dado nuevas pruebas de la bondad del convento hacia el pretendido hijo de Ambroise: acababan de comprarme ropa nueva. En verdad, en ese punto su reverencia había consultado menos a la caridad monacal, que tiene límites muy estrictos, que al cariño paterno, que a menudo no los conoce. Con semejante prodigalidad, el buen padre exponía la legitimidad de mi nacimiento a violentas sospechas. Pero nuestros aldeanos eran buena gente, y sólo veían lo que se les quería hacer ver. Además, ¿quién se hubiera atrevido a mirar con ojos críticos y maliciosos el motivo de la generosidad de los reverendos padres? Eran gentes tan honradas, tan buenas; en el pueblo los adoraban, hacían el bien a los hombres, y cuidaban del honor de las mujeres: todo el mundo estaba contento. Pero volvamos a mi persona, porque voy a verme en una singular aventura.

A propósito de esa persona. Yo tenía un aire travieso que no predisponía en mi contra. Vestía con decencia, tenía unos ojos maliciosos, largos cabellos negros me caían en rizos sobre los hombros y realzaban maravillosamente los vivos colores de mi cara, que, aunque algo morena, no dejaba de valer su precio. Es un testimonio auténtico que me creo obligado a presentar al juicio de muchas personas muy honradas y muy virtuosas a las que he rendido mis homenajes. Suzon, como he dicho, había hecho un ramillete para la señora Dinville, ése era el nombre de su madrina, mujer de un consejero de la ciudad vecina que venía a sus tierras a tomar la leche para mejorar un estómago estragado por el champán y algunas otras causas.

Como Suzon se había puesto sus mejores galas, que la volvieron más adorable todavía a mis ojos, quedamos en que yo la acompañaría. Fuimos al castillo. Encontramos a la dama en un aposento de verano donde tomaba el fresco. Figuraos una mujer de estatura mediana, pelo moreno, piel blanca, el rostro feo en general, iluminado por un rojo champañés, pero de ojos despiertos, amorosos, y con unas tetas más opulentas que las de cualquiera otra mujer del mundo. En ese momento inicial, fue la primera cualidad buena en la que me fijé: esas dos bolas han sido siempre mi debilidad. Es algo tan agradable tenerlas en la mano, cuando... ¡ah!, cada cual tiene sus manías, perdóneseme ésta.

Tan pronto como la dama nos vio, lanzó sobre nosotros, sin moverse, una mirada llena de bondad. Estaba tendida en un sofá, con una pierna encima y la otra en el suelo: sólo llevaba una sencilla falda blanca, lo suficientemente corta para permitir que se viese una rodilla que no estaba lo bastante cubierta para dejar pensar que sería muy difícil ver el resto: un pequeño corsé del mismo color y un batín de tafetán de color rosa, abrochado con cierta negligencia, y la mano metida bajo la falda, júzguese con qué intención. Mi imaginación se la figuró inmediatamente y mi corazón la siguió de cerca: en adelante mi destino era enamorarme a la vista de todas las mujeres que se presentaran a mis ojos; los descubrimientos de la víspera habían hecho florecer estas loables disposiciones.

«Ah!, buenos días, mi querida niña –dijo la señora Dinville a Suzon–, ¡qué bien, vienes a verme! Ah... me traes un ramillete; te estoy muy agradecida, mi querida hija, dame un abrazo». Abrazos de parte de Suzon. «Pero –continuó ella, lanzando los ojos sobre mí–, ¿quién es este guapo mocetón? ¿Cómo, hijita? Te haces acompañar de un chico, qué bonito». Yo bajaba los ojos, Suzon le dijo que yo era su hermano. Reverencia de mi parte. «Tu hermano –continuó la señora Dinville–. Venga, pues –prosiguió mirándome y dirigiéndome la palabra–, bésame, hijo mío; quiero que nos conozcamos los tres». Acto

seguido, para empezar a conocerme, me da un beso en la boca, siento una lengüecita deslizarse entre mis labios, y una mano que juega con los rizos de mis cabellos. Yo aún no conocía aquella manera de besar; me produjo una excitación extraña. Lancé sobre la dama una mirada tímida y encontré sus ojos brillantes y llenos de fuego, que esperaban los míos al vuelo y que me hicieron bajarlos: nuevo beso de la misma clase, tras el cual fui libre de moverme, pues apenas lo era por la forma en que me tenía abrazado. No estaba, sin embargo, molesto, tenía la impresión de que sólo era una especie de anticipo sobre el ceremonial del conocimiento que decía querer establecer conmigo. Y sin duda sólo debí mi libertad a la reflexión que hizo sobre el mal efecto que podía producir la fogosidad de sus caricias, prodigadas con tan poca reserva en una primera entrevista. Pero sus reflexiones no duraron mucho, reanudó la conversación con Suzon, y el estribillo de cada período era: «Suzon, ven a darme un beso». Al principio, el respeto me hacía mantenerme apartado. «Bueno –dijo ella dirigiéndome de nuevo la palabra–, ¿no vendrá a darme un beso también este mocetón?». Avancé y la besé en la mejilla, aún no me atrevía a dárselo en la boca, le di un beso algo más atrevido que el primero. Sólo quedé en deuda con ella por un poco más de apasionamiento que ella puso en el suyo; y si compartía de este modo sus caricias entre mi hermana y yo, era para engañarme sobre el sentido de las que me hacía. Su política me hacía justicia, yo era más avisado de lo que mi cara le prometía. Paso a paso, me adapté tan bien a esa pequeña maniobra que ya no esperaba el estribillo para tomar mi parte; poco a poco mi hermana resultó privada de la suya: y yo me hice con el privilegio exclusivo de gozar de las bondades de la dama, pues Suzon sólo conseguía ya las palabras.

Estábamos sentados en el sofá, charlábamos, porque la señora Dinville era una gran habladora. Suzon estaba a su derecha, yo a su izquierda, Suzon miraba hacia el jardín, y la señora Dinville me miraba a mí: se entretenía en desrizarme el pelo, en pellizcarme la mejilla, en darme cachetitos, y yo me entretenía en mirarla, en ponerle la mano, al principio temblando, en el cuello; sus maneras desenvueltas me espoleaban, yo era descarado, la dama no decía palabra, me miraba, se reía y me dejaba hacer. Mi mano, tímida al principio, pero cada vez más atrevida por la facilidad que encontraba para satisfacerse, descendía insensiblemente del cuello al pecho e insistía con delicia sobre un seno cuya turgencia elástica la hacía estremecerse un poco, mi corazón nadaba en la alegría, y ya tenía en mi mano una de esas bolitas encantadoras que manoseaba a placer. Iba a poner en ellas la boca: avanzando se llega a la meta. Creo que habría llevado mi buena suerte hasta donde

podía llegar cuando un maldito inoportuno, el bailío<sup>2</sup> del pueblo, un viejo mono enviado por algún diablo celoso de mi dicha, se dejó oír en la antecámara. La señora Dinville, devuelta a la realidad por el ruido que hizo aquel extravagante, al acercarse me dijo: «¿Qué estás haciendo granujilla?». Retiré la mano de prisa: mi descaro no resistió frente a semejante reproche, me puse colorado, me creía perdido; la señora Dinville, que veía mi apuro, me hizo sentir con un cachetito, acompañado de una deliciosa sonrisa, que su enfado era puramente formal, y sus miradas me confirmaron que mi atrevimiento le desagradaba menos que la llegada de aquel maldito bailío.

Hizo su entrada el aburrido personaje. Después de haber tosido, escupido, estornudado y sonado sus mocos, soltó su arenga, más aburrida aún que su persona. Si nos hubiéramos visto libres con esto, el daño no habría sido mucho, pero daba la impresión de que aquel tunante había citado a todos los pelmas del pueblo, que acudieron uno tras otro a hacer sus zalemas; me moría de rabia. Una vez que la señora Dinville hubo respondido a muchos cumplidos estúpidos, se volvió hacia nosotros y nos dijo: «Bueno, mis queridos niños, mañana volveréis para comer conmigo, estaremos solos». Me pareció que me miraba con cierta insistencia al decir esas últimas palabras. Mi corazón quedaba satisfecho con esa seguridad, y sentí que, sin menoscabar mi inclinación, mi pequeño amor propio no dejaba de ser halagado. «Vendréis vos, ¿verdad, Suzon? –continuó la señora Dinville– y traeréis a Saturnin (es el nombre que entonces llevaba vuestro servidor). Adiós, Saturnin», me dijo abrazándome. Por el momento, no quedaba en deuda con ella; nos fuimos.

Me sentía en una disposición que, con toda seguridad, me habría honrado ante la señora Dinville de no ser por la visita imprevista de aquellos inoportunos aduladores; pero lo que sentía por ella no era amor, sólo era un violento deseo de hacer con una mujer lo mismo que había visto hacer al padre Polycarpe con Toinette. El aplazamiento de un día que la señora Dinville me había dado me parecía una inmensidad: de camino, traté de llevar la conversación con Suzon hacia la aventura de la víspera. «¡Qué simple eres, Suzon! –le dije–. ¿Crees que ayer quería hacerte daño?

–Entonces, ¿qué querías hacerme? –respondió.

–¡Darte mucho placer!

–¡Cómo! –replicó ella aparentando sorpresa–; ¿metiéndome la mano por debajo de la falda, me habrías dado mucho placer?

<sup>2</sup> El bailío fue, en principio, «un oficial real de espada» con derecho a mandar sobre la nobleza de su distrito; no tardó en perder poder, hasta terminar convertido en un oficial de toga «que hace justicia en nombre de su señor».

–Desde luego, y si quieres que te lo demuestre, ven conmigo –le dije– a algún sitio apartado».

Yo la examinaba inquieto: buscaba en su rostro algún signo de los efectos que debía producir lo que le decía: no veía en él más animación que de costumbre: «¿Quieres?, di, mi querida Suzon –continué yo acariciándola.

–Pero... –me respondió, sin poner cara de entender la proposición que le hacía–; ¿qué es ese placer que me elogias tanto?

–Es la unión de un hombre con una mujer que se abrazan –le respondí–, que se estrechan muy fuerte y que, estrechamente apretados de esa forma, desfallecen».

Con los ojos siempre clavados en el rostro de mi hermana, no me perdía ninguno de los impulsos que la sacudían; veía en él la insensible gradación de sus deseos. Su pecho se estremecía. «Pero –me dijo, con una ingenuidad curiosa que me parecía de buen agüero–, mi padre me ha tenido algunas veces así como dices, y sin embargo yo no sentía ese placer que me prometes.

–Es que no te hacía lo que yo querría hacerte –repliqué.

–¿Y qué querrías hacerme entonces? –preguntó ella con voz trémula.

–Te metería entre los muslos algo que él no se atrevía a meterte» –le respondí descaradamente.

Se puso colorada, y con su turbación me dejó la libertad de continuar en estos términos: «Verás, Suzon, aquí tienes un agujerito –le dije, señalándole el lugar en que había visto la raja de Toinette.

–¡Eh!, ¿quién te ha dicho eso? –me preguntó sin mirarme a los ojos.

–¿Quién me lo ha dicho? –continué, perplejo ante su pregunta–; es que... es que todas las mujeres tienen lo mismo.

–¿Y los hombres? –continuó ella.

–Los hombres –le respondí– tienen un instrumento en el sitio en que vosotras tenéis una raja; ese aparato se mete en esa raja, y ese instrumento es lo que hace el placer que una mujer tiene con un hombre; ¿quieres que te enseñe el mío? Pero a condición de que tú me dejes tocar luego tu rajita; nos acariciaremos, lo pasaremos muy bien».

Suzon estaba muy colorada, mis palabras parecían sorprenderla, y le costaba darles crédito; no se atrevía a dejarme que le metiera la mano debajo de la falda por temor, decía, a que quisiera engañarla y terminase por contarle todo. Le aseguré que nada en el mundo sería capaz de arrancarme esa confesión, y para convencerla de esa diferencia que, como le aseguraba, había entre nosotros dos, quise cogerle la mano, ella la retiró, y continuamos nuestra conversación hasta la casa.

Me daba cuenta de que a la granujilla le gustaban mis lecciones, y de que, si volvía a encontrarla cogiendo flores, no me sería difícil im-

pedirle gritar: ardía en deseos de completar mis instrucciones y unirles su puesta en práctica.

Nada más entrar en la casa vimos llegar al padre Polycarpe: enseguida descubrí el motivo de su visita, y dejé de dudar cuando su reverencia declaró con aire desenvuelto que venía a comer en familia; pensaban que Ambroise estaba muy lejos. Lo cierto es que les molestaba muy poco; pero siempre está uno más a gusto cuando se ve libre de la presencia de un marido; por más cómodo que sea, siempre es un animal de mal agüero.

No dudé de que esa tarde iba a gozar yo del mismo espectáculo que había gozado la víspera, y enseguida formé el propósito de hacer partícipe de él a Suzon. Pensaba, con razón, que verlo sería un excelente medio de avanzar en mis asuntillos con ella; no le dije nada, aplacé la prueba para después de la comida, totalmente decidido a no utilizar ese medio sino en caso extremo, como un cuerpo de reserva decisivo para una acción.

El monje y Toinette no se azoraban en nuestra presencia: nos creían testigos poco peligrosos. Yo veía la mano izquierda del cura deslizarse misteriosamente por debajo de la mesa, y agitar las faldas de Toinette, que le sonreía, y tenía la impresión de que le separaba los muslos aparentemente para dejar paso más franco a los dedos libertinos del disoluto monje.

Por su parte, Toinette tenía una mano encima de la mesa; pero la otra estaba debajo, y verosíblemente devolvía al padre lo que el padre le prestaba; yo lo sabía; una mente avisada intuye las cosas más pequeñas. El reverendo padre resoplaba con mucho gusto, Toinette le respondía en el mismo tono: pronto llegaron sus deseos al punto en que nuestra presencia les molestaba; ella nos lo hizo saber aconsejándonos, a mi hermana y a mí, que fuéramos a dar una vuelta por el jardín: entendí lo que quería decirnos. Nos levantamos al punto y, con nuestra marcha, les dejamos la libertad de hacer algo más que deslizar las manos por debajo de la mesa: envidioso de la felicidad que nuestra marcha iba a ponerles en situación de disfrutar, quise intentar de nuevo seducir a Suzon sin la ayuda del cuadro que debía ofrecer a sus miradas. La llevé hacia una alameda de árboles cuyo espeso follaje creaba cierta oscuridad que prometía mucha seguridad a mis deseos. Ella se dio cuenta de mi propósito y no quiso seguirme: «Mira, Saturnin –me dijo ingenuamente–, veo que quieres seguir hablándome de eso; de acuerdo, hablemos.

–¿Te gusta entonces –le respondí– cuando hablo de eso?».

Me confesó que sí: «Juzga, mi querida Suzon –le dije–, el que tendrías por lo que te dan mis palabras»... No le dije más, la miraba, le tenía cogida la mano que apretaba contra mi pecho.



«Pero, Saturnin –me respondió–, y... ¿si eso fuera a hacerme daño?  
–¿Qué daño quieres que haga? –le respondí, encantado de no tener que destruir más que un obstáculo tan débil–. Ninguno, mi querida pequeña, al contrario.

–¿Ninguno? –replicó ella ruborizándose y bajando la vista–, ¿y si me quedo encinta?».

Esta objeción me pilló desprevenido, no pensaba que Suzon supiera tanto, y confieso que no estaba en condiciones de darle una respuesta satisfactoria. «¿Cómo encinta? –le dije–, ¿es que es así como las mujeres se quedan embarazadas, Suzon?

–Claro –me respondió en un tono de seguridad que me asustó.

–¡Eh!, ¿y dónde lo has aprendido?» –le pregunté, porque me daba cuenta de que ahora le tocaba a ella darme lecciones.

Me respondió que estaba dispuesta a decírmelo, pero a condición de que yo no hablara de ello en mi vida. «Te creo discreto, Saturnin –añadió–, y si alguna vez en tu vida fueras capaz de abrir la boca sobre lo que voy a decirte, te odiaría a muerte». Le juré que no hablaría nunca de aquello: «Sentémonos aquí» –continuó ella señalándome un cuadro de césped perfecto para hablar sin que nadie nos oyera; yo hubiera preferido la alameda, donde no habríamos sido vistos ni oídos; se la propuse de nuevo, pero no quiso ir.

Nos sentamos en el césped, con gran pesar mío; para colmo de desgracias, vi llegar a Ambroise. Como de nuevo mis esperanzas habían desaparecido, me resigné. La agitación en que me puso el deseo de saber lo que Suzon tenía que decirme sirvió para distraer mi pena.

Antes de empezar, Suzon volvió a exigir nuevas seguridades de mi parte: se las di bajo juramento, ella dudaba, aún no se atrevía; fue tanto lo que insistí que se decidió: «De acuerdo –me dijo–, te creo, Saturnin; escucha, vas a quedarte asombrado de todas las cosas que sé, te lo advierto. Hace un rato creías que ibas a enseñarme alguna cosa, sé más que tú, vas a verlo; pero no creas por eso que me haya gustado menos lo que me has dicho: siempre agrada oír hablar de lo que deleita.

–¡Cómo! Suzon, hablas como un oráculo, se ve de sobra que has estado en un convento: ¡cómo forma eso a una muchacha!

–Sí, es verdad –me respondió–, si no hubiera estado en uno, ignoraría muchas de las cosas que sé.

–Venga, dime todo lo que sabes –exclamé muy animado–, me muero de ganas por saberlo.

–No hace mucho tiempo –continuó Suzon–, durante una noche muy oscura, dormía yo con un profundo sueño y me desperté al sentir un cuerpo completamente desnudo que se metía en mi cama; quise gritar,

pero me pusieron la mano en la boca, diciéndome: «Cállate, Suzon, no quiero hacerte daño, ¿no reconoces acaso a la hermana Monique?». Aquella hermana había tomado hacía poco el velo de novicia, era mi mejor amiga. «Jesús –le dije–, querida, ¿por qué vienes a verme a mi cama?

»–Porque te quiero –me respondió abrazándome.

»–¿Y por qué estas totalmente desnuda?

»–Es que hace tanto calor que hasta el camisón me pesa demasiado. Está cayendo una lluvia horrible, he oído tronar, tengo mucho miedo, ¿no lo oyes tú también? ¡Qué estruendo el de esos truenos! ¡Ay, abrázame muy fuerte, corazoncito, echa la sábana por encima de nuestra cabeza para no ver esos malditos relámpagos: así, ay, mi querida Suzon, ¡qué miedo tengo!».

»Yo, que no temo los truenos, trataba de tranquilizar a la monja, que, mientras tanto, pasaba su muslo derecho entre los míos, y el izquierdo por debajo; y, en esa postura, lo frotaba contra mi muslo derecho metiéndome la lengua en la boca y dándome con la mano azotitos en las nalgas; después de que se moviese un poco de esa forma, creí sentir que me mojaba el muslo, lanzaba suspiros, yo imaginaba que el miedo a los truenos era el causante de todo aquello. La compadecía, pero no tardó en recuperar su postura natural; yo pensaba que iba a dormirse y me preparaba para hacer otro tanto cuando me dijo: «¿Estás dormida, Suzon?». Le respondí que no, pero que pronto lo estaría. «¿Quieres dejarme morir de miedo? –continuó–. Sí, me moriré si te duermes; dame la mano, querida, dámela». Me dejé coger la mano, que al punto llevó ella a su raja, y me dijo que la acariciara con mi dedo en la parte alta de ese lugar; lo hice por cariño hacia ella. Yo esperaba a que me dijese que acabase, pero no decía nada, se limitaba a separar las piernas y respiraba un poco más deprisa que de ordinario, lanzando de vez en cuando suspiros y moviendo el trasero; creí que se encontraba mal, y dejé de mover el dedo. «¡Ay!, Suzon –me dijo con voz entrecortada–, acaba, por favor, acaba». Continué. «¡Ay, ay! –exclamó, agitándose con mucha energía y abrazándome con fuerza–, date prisa, reina mía, date prisa, ¡ay!, deprisa, ay... Me muero». En el momento en que decía eso, todo su cuerpo se puso rígido, y yo volví a sentir mi mano mojada; finalmente lanzó un gran suspiro y se quedó inmóvil. Te aseguro, Saturnin, que yo estaba asombradísima de todo lo que me obligaba a hacer.

»–¿Y no estabas excitada? –le dije.

»–¡Oh!, claro que sí –me respondió–, veía de sobra que todo lo que acababa de hacerle le había dado mucho placer, y que, si ella quería hacerme lo mismo, también yo tendría mucho, pero no me atrevía a proponérselo; sin embargo, me había puesto en una situación muy em-

barazosa. Yo deseaba, pero no me atrevía a decirle lo que deseaba, volvía a ponerle encantada la mano en su raja, cogía la suya que yo llevaba y hacía descansar en diferentes lugares de mi cuerpo, sin atreverme sin embargo a ponerla en el único donde sentía que lo necesitaba. La hermana, que sabía tan bien como yo lo que le pedía, y que tenía la malicia de dejarme hacer, se compadeció por fin de mi apuro, y me dijo abrazándome: «Ya veo, granujilla, lo que quieres». Acto seguido, se pone encima de mí, yo la recibo en mis brazos: «Abre un poco los muslos –me dice–. La obedezco: me hunde el dedo donde el mío acababa de darle tanto placer; ella misma repetía las lecciones que me había dado. Yo sentía que el placer crecía gradualmente y aumentaba cada vez que ella movía el dedo. Yo le devolvía al mismo tiempo el mismo servicio, ella tenía las manos juntas debajo de mis nalgas, me había dicho que moviera un poco el trasero, a medida que ella empujara. ¡Ah!, que delicias me producía aquel delicioso juegucito, pero no era más que el prelude de las que debían venir a continuación. El éxtasis me hizo perder el conocimiento, quedé desfallecida en brazos de mi querida Monique, ella se encontraba en el mismo estado, permanecíamos inmóviles. Por fin me recobré de mi éxtasis; me encontré tan mojada como la hermana, y, como no sabía a qué atribuir semejante prodigio, tenía la simpleza de creer que era sangre lo que acababa de derramar; pero no estaba asustada, al contrario, parecía como si el placer que acababa de sentir me hubiera enloquecido, tantas eran las ganas que tenía de volver a empezar; se lo dije a Monique; me contestó que estaba cansada y que había que esperar un poco; no tuve paciencia, y me puse encima de ella como ella acababa de ponerse sobre mí, entrelacé mis muslos a los suyos y, frotándome como ella había hecho, volví a caer en éxtasis. «Bueno –me dijo la hermana, encantada con los testimonios que le daba del placer que sentía–, ¿estás enfadada conmigo, Suzon, por haber venido a tu cama? Sí, apuesto a que me odias por haber venido a despertarte.

»–¡Ah! –le respondí–, ¡sabéis de sobra que es lo contrario! ¿Qué podría daros a cambio de una noche tan deliciosa?

»–Granujilla –continuó besándome–, venga, no te pido nada, ¿no he tenido yo tanto placer como tú? ¡Ah, cómo acabas de hacerme gozar! Dime, querida Suzon –prosiguió–, no me ocultes nada: ¿no habías pensado nunca en lo que acabamos de hacer?

»Le dije que no.

»–¿Cómo? –prosiguió–, ¿nunca te habías metido el dedo en tu coñito?».

La interrumpí para preguntarle qué entendía ella por esa palabra.

»–¡Pues es esa raja –me respondió– que acabamos de acariciarnos. ¿Cómo?, ¿aún no sabías eso? Ay, Suzon, a tu edad yo sabía más que tú».

»-Lo cierto -le respondí- es que no me había preocupado por gozar de ese placer. Ya conocéis al padre Jérôme, nuestro confesor, es él quien siempre me lo ha impedido; me hace temblar cuando voy a confesarme, no deja de preguntarme precisamente si cometo impurezas con mis compañeras, y me prohíbe sobre todo hacerlas conmigo misma. Siempre he sido tan ingenua como para creerlo, pero ahora sé a qué atenerme sobre sus prohibiciones.

»-¿Y cómo te explica esas impurezas que te prohíbe hacer contigo misma? -me preguntó Monique.

»-Pues me dice, por ejemplo -le respondí-, que es cuando una se mete el dedo donde sabéis, cuando una se mira los muslos y los pechos; me pregunta si no me sirvo de un espejo para mirarme alguna otra cosa que la cara. Y me hace mil preguntas parecidas.

»-¡Ah, el viejo sinvergüenza! -exclamó Monique-, apuesto a que no deja de hablarte de eso.

»-Me hacéis pensar -le dije a la hermana- en ciertas cosas que hace cuando estoy en su confesionario, y que yo siempre tomaba tontamente por puras muestras de amistad: ¡viejo canalla! Ahora ya sé el motivo.

»-¡Eh!, ¿y qué cosas son éstas? -me preguntó vivamente la hermana.

»-Esas cosas son -le respondí- besarme en la boca diciéndome que me acerque para oírme mejor, mirarme atentamente los pechos mientras le hablo, ponerme la mano en el escote, y prohibirme enseñarlo so pretexto de que es una manifestación de coquetería; pero, a pesar de sus sermones, no retira la mano, que baja cada vez más por el pecho y a veces llega incluso hasta mis tetas; cuando la retira es para llevarla inmediatamente bajo la sotana y moverla con pequeñas sacudidas; entonces me estrecha entre sus rodillas, me atrae hacia él con su mano izquierda, suspira, sus ojos se extravían, me besa más fuerte que de costumbre, sus palabras no tienen ilación, me dice ternezas y me reprende al mismo tiempo. Recuerdo que un día, al retirar la mano de debajo de la sotana para darme la absolución, me cubrió todo el escote de algo caliente, que corrió en gotitas; lo sequé a toda prisa con mi pañuelo, del que ya no he podido servirme después. El padre, muy apurado, me dijo que era el sudor que corría de sus dedos: ¿qué pensáis, mi querida Monique? -le dije a la hermana.

»-Ahora mismo te diré lo que era -me respondió-, ¡ah, viejo pecador! Pero has de saber, Suzon -continuó-, que lo que acabas de contarme también me pasó con él.

»-¡Cómo! -le dije-, ¿también a vos os hace algo parecido?

»-No, desde luego -me respondió-, porque lo odio a muerte, y ya no me confieso con él desde que he aprendido más cosas.

»-¿Y cómo habéis aprendido -le pregunté- a saber lo que os hacía?

»-Voy a decírtelo -me respondió la hermana, pero has de ser discreta, porque me perderías, mi querida Suzon».

-No sé, Saturnin -prosiguió mi hermana tras un momento de silencio-, si debo revelarte todo lo que me contó».

El deseo de saber una historia cuyo preludio me encantaba, me facilitó las expresiones necesarias para vencer la irresolución de Suzon. Mezclé las caricias a las promesas, y terminé por persuadirla. Es la hermana Monique la que va a expresarse por boca de Suzon. Por más impulsivo que parezca el carácter de esa hermana, temo que mis expresiones se queden todavía por debajo de la realidad: el poco tiempo que pasé a su lado me ha hecho concebir una imagen suya que me resulta imposible reproducir fielmente.